Mariana entró en la casa de Madame Eleonora como si de la suya se tratara, tocando la campanilla con insistencia en su afán por entrar cuanto antes. Fran abrió la puerta interior quejándose por la insistencia de la llamada y la vio pasar como un rayo dirigiéndose a la cocina donde a esa hora de la mañana estaban todas las chicas desayunando.

—¡Buenos días, reina!—Fran la saludó echándose a un lado para no ser atropellado por ese torbellino y viendo que hacía caso omiso a su persona, tocó con un dedo delicadamente su hombro—¡Oye, guapa, que yo existo!

—Perdona, Fran—Se disculpó Mariana ruborizándose—¡Qué mañana llevo! Menos mal que libro dos días. No sabéis la que estaba armada en casa con la boda de la señorita.

Haciéndose un hueco en la mesa, Mariana les describió el traje de novia así como el de doña Pilar y la señorita Marianela. Las chicas de Madame recibieron a Mariana con simpatía. Les gustaba la locura de la joven, así como su inocencia y sus ganas de saber. Sentadas alrededor de la gran mesa se mostraron dispuestas a contestar a las innumerables preguntas que ella les hacía. Por momentos, incluso le tomaban el pelo exagerando las situaciones solo por ver la desconcertada cara de ella. Aunque no había visitado la casa más que en un par de ocasiones, sí que había coincidido con alguna de las chicas por la calle y siempre se tomaba unos minutos para charlar con ellas. Por supuesto, alejada de la puerta donde alguien pudiera reconocerla.

—Mariana—Le habló Madame Eleonora mientras se tostaba unos panecillos, volviéndose hacia la chica—No sé si es bueno que sigas frecuentando la casa. Yo no tengo problema en recibirte, pero si te ven entrar con asiduidad podrían tacharte de algo que no eres. Que no es nada malo ser, ¿me entiendes? Pero si no eres no tienes que pasar por ello. La sociedad madrileña te podría negar la entrada en sus casas.

—No entiendo nada, Madame—Le dijo con inocencia Mariana.

—Madame, no sea suspicaz—Le contestó Sandra—Si a ella le gusta venir y siempre entra a la luz del día, ¿qué problema hay?

—¿No quiere que venga, Madame?—Preguntó Mariana con algo de tristeza.

—¡Haz lo que quieras chica!—Eleonora no tenía ganas de discutir a esas horas, recién levantada.

Una vez terminado el desayuno, Mariana acompañó a Sandra hasta su dormitorio. Por primera vez iba a entrar en una dependencia privada de la casa y estaba excitada por la experiencia. Caminaba detrás de Sandra y miraba enloquecida el movimiento de la seda del batín de su amiga, que al caminar hacía volar la sutil tela como no había visto nunca. Ese tacto suave y volátil jamás lo había sentido en ninguno de los rollos de tela que había tocado en los puestos de los vendedores.

La habitación de Sandra estaba decorada en tonos azules, desde el más tenue de los muros hasta el azul fuerte del cabecero de la cama aún deshecha. El techo tenía un gran espejo redondo que Mariana miraba sin poder ocultar su curiosidad por descubrir la finalidad que tenía. Por toda la pared había también pequeñas tiras de espejo que aunque le pareció un número excesivo, no era tan extraño como tener uno en el techo. Su desconcierto provocó las risas de Sandra mientras se vestía.

—De verdad que no termino de ver la finalidad de ese espejo.

—¡Ay, Mariana! ¡Qué triste y aburrida debió de ser tu vida en el campo! Hay tantas cosas que desconoces. Ya te iré contando.

—Bueno, pues tampoco…—Dijo Mariana haciéndose la ofendida—No creas que soy una mojigata, aunque no haya tenido nunca un novio, sé todo lo referente a la vida matrimonial y al… A eso… Bueno, al sexo. He leído mucho y lo sé todo. Pero no encuentro la relación que pueda tener con ese espejo sobre la cama.

Sandra no podía dejar de reír ante el azoramiento de Mariana al intentar pronunciar la palabra sexo delante de ella.

—No todo es tan bonito como en tus libros. Esto es algo distinto. Aunque nosotras somos unas privilegiadas, tenemos la protección de Madame Eleonora y, además, no tenemos que ir con cualquier hombre. Todos son educados, están aseados, son incluso atractivos y puedes tener la suerte de que alguno te saque de aquí y te convierta en su esposa.

—¡Pero si están todos casados! Los vi hace dos noche. Eran los mismos hombres que estuvieron en casa celebrando el compromiso de la señorita Julia y todos estaban con sus señoras.

—Bueno, chica. Algún soltero o viudo también nos frecuenta. Y, ¿sabes? Son muy poderosos, millonarios y a veces nos hacen regalos. ¡Menudos regalos le hacen a Madame!

—A veces me gustaría mirar por un huequito y ver lo que hacen aquí por las noches. Los veo entrar un poco bebidos y realmente será desagradable estar con un hombre borracho.

—Mariana, de eso se trata, de que beban lo más posible. En primer lugar, porque se dejan bastante dinero en copas y, después, porque mientras más beban menos te duran en la cama. Si es que llegan a la habitación. Si yo te contara,… A algunos ni se les levanta del pedo que traen.

La soltura de la conversación de Sandra azoraba un poco a Mariana que aunque tocaba el tema del sexo habitualmente con Julia Castañeda, nunca eran tan explícitas en sus palabras.

—¿Y qué hacéis entonces? ¡Qué vergüenza!—Mariana reía con pudor, con su mano tapando la boca.

—Pues, no sé. Una felación, quizás. ¡Para darle ánimos!

—¡Uy! ¡Qué asco!

Mariana notaba que le entusiasmaba este tema mucho más de lo que ella misma quería aceptar. No perdía palabra de lo que Sandra, de manera desinhibida, iba contando mientras se vestía.

—¡Todo fuera eso! Pero bueno, en realidad, tampoco es tan grave. ¿Me ayudas a hacer la cama? Este es un tipo de vida que escogemos voluntariamente—Le contaba mientras acomodaban las sábanas de satén—Otra cosa muy distinta es estar en la calle.

—¿Por qué es distinto?

—Mira, Mariana. A la calle se va por necesidad. En cambio, estar aquí es un privilegio que no todas las mujeres pueden tener. Algunas nacen con fortuna y otras nos la buscamos de esta forma. Cuando provienes de una clase social baja y tienes grandes aspiraciones, como es mi caso, el único camino para mí es este. Tuve la fortuna de tener un buen cuerpo y ser bella. Y para qué te voy a mentir, me gusta, me divierto, me siento una princesa cada noche cuando me miro al espejo antes de bajar. Y, ¿sabes qué? Los hombres adoran mi cuerpo y se postran a mis pies como jamás lo harán ante sus propias esposas. Eso me hace sentir poderosa y esa sensación me encanta. Cuestión de gustos, amiga.

Mariana se levantó y comenzó a desfilar por la habitación ha- ciendo una burda imitación de una gran estrella sobre la alfombra roja, lo que provocó la carcajada de Sandra.

—¿Te piensas que no soy capaz de hacerlo?—Le respondió Mariana riendo al mismo compás que Sandra—Oye, ¿cómo resultaría yo vestida de reina de la noche?

—¿Y si lo compruebas por ti mismo? Abre mi armario y elige.

Mariana sin pensarlo dos veces agarró del perchero un escotado y ceñido traje negro y los zapatos de tacón que Sandra tenía junto a su cama.

—¡Oye! No estás nada mal—Le dijo Sandra—Aunque te falta un poco de largura en los pies para rellenar los zapatos.

Ambas siguieron bromeando y riendo la ocurrencia de Mariana que ante un espejo seguía poniendo poses sensuales mientras lanzaba besos al aire. Se la veía demasiado cómoda en el papel de reina de la noche como ella misma lo había llamado un momento antes.

—Y si tienes libre la noche, ¿por qué no te apuntas?

—¿Apuntarme? ¿A qué?—Respondió Mariana sin saber qué le estaba proponiendo Sandra.

Sandra sin intención de burlarse de Mariana, la había invitado a pasar una noche con ellas, segura de que lo pasarían bien, sobre todo viendo las caras que pondría cuando se fueran sucediendo situaciones que aunque para ella eran normales, para Mariana serían un escándalo. La acababa de ver sin sus humildes vestimentas, maquillada, con tacones y con un peinado a la moda. Podía resultar incluso espectacular, hasta ahora, que la miraba con otros ojos, no había descubierto la belleza y el cuerpo que escondía tras esa apariencia inocente y modesta.

—A tomar unas copas con nosotros aquí. Seguro que Madame no vería improcedente que estuvieras. Una chica nueva siempre anima a los clientes. Así saciarías tu curiosidad.

—¡Calla, por Dios! ¿Qué hago yo aquí? Se me notaría enseguida que no soy una de vosotras. ¿Y si algún hombre me quiere tocar? No, no, no. De ninguna manera.

—No tienes por qué dejarte tocar. Tomas una copa muy despacito sin alcohol, sonríes de manera sensual como lo hacías hace un momento frente al espejo, intentas que él beba mucho y te pones mimosa y tierna con él. Si no le gustas, ya se alejará en busca de otra chica y si le gustas pues…

—¿Qué?

—¡Bueno! Ya te lo quitaremos de encima. ¡Venga, Mariana! ¡Anímate! Yo te presto uno de mis trajes. Estarías espectacular. ¿Se lo decimos a Madame?

—No, no. Espera. Yo no puedo, Sandra. No sé hacerlo. ¡Ya me gustaría!

—No digas bobadas. Si tantas novelas eróticas lees, sabes perfectamente qué se hace para animar a un hombre. Todas tuvimos nuestra primera vez.

Mariana se había imaginado demasiadas veces en ese papel de mujer apasionada en sus sueños. Había besado con pasión y había amado con locura, pero esto no era lo mismo, aunque si ella sin amar a ningún hombre había podido identificarse con las protagonistas de sus novelas y vivir plenamente su amor, quizás podría también fingir tal como le había contado Sandra. En ocasiones, vivía sus sueños con tanta intensidad que al tocar su parte íntima se había descubierto húmeda. En realidad, con sus braguitas mojadas y en esos momentos hubiera dado cualquier cosa por tener a un hombre en su cama. Curiosamente, su deseo era puramente sexual, sin más. Si existía amor o no entre ellos, no era algo relevante en sus sueños. Y si probaba esa noche solo por ver qué pasaba entre esas paredes, se planteaba Mariana. Mirar saciaría su curiosidad y no le comprometía a nada.